



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12108

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-  
—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
a 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 12 DE JULIO DE 1902

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumarlin  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## EL HILO DIRECTO

«La Tarde» ha publicado una sé-  
rie de artículos tratando ese asunto  
del hilo.

Era natural; todo periódico que  
va apareciendo, se encuentra de  
buenas a primeras con que el ser-  
vicio telegráfico no le sirve de na-  
da en muchas ocasiones. El resto  
del año le sirve sólo muy medianamente  
y si se empeña en servir a  
sus lectores noticias de Madrid de  
las cuatro de la tarde, se convence  
en la primera semana de que el re-  
sultado de un servicio tal no es  
otro que tirar el dinero a la calle.

«La Tarde» se ha convencido de  
ello y se ha quejado con la misma  
amargura que nos venimos que-  
jando los demás; lamentando a la  
vez que la prensa brava, pasado in-  
advertidos los artículos que ha de-  
dicado a dicho asunto.

No hay inadvertencia, sino convencimiento.  
Esa campaña del novel colega hecha con  
tanto brío, es para nosotros muy antigua  
y por desgracia sobrada frecuente.  
No hay año que no hagamos una,  
especialmente cuando allá por  
Otoño se presentan las nubes tem-  
pestuosas echando a rodar los postes  
y los hilos, dejándonos incomunicados  
con el resto del mundo.

¡El hilo directo!

Pues si hemos escrito millares  
de cuartillas pidiendo que nos pongan  
ese hilo; pero en todas ocasiones  
hemos dado en piedra.

Eso sí, los ofrecimientos no han  
escaseado; pero la escasez del pre-  
supuesto, la falta de personal, el  
arreglo en estudio... siempre ha  
habido un por qué que ha servido

de excusa, ó como si dijéramos, de  
pantalla a una negativa.

Sólo una vez logramos que se  
nos ofreciera algo concreto, pero  
no llegó a ser tangible. Dijosenos  
que atendiendo las justísimas peti-  
ciones de la prensa, se iba a insta-  
lar en primero de año un aparato  
nuevo para hacer más rápido el  
servicio; pero ya han pasado va-  
rios primeros de año y el tal apa-  
rato no ha hecho su exhibición.

Y así estamos, sin hilo directo,  
sin nuevo aparato, mal servidos y  
así estaremos Dios sabe hasta  
cuando.

Y no es que no hayamos puesto  
en juego influencias para alcanzar  
lo que es tan de justicia. Hemos  
usado y abusado de ellas, pero co-  
mo sino.

Vea «La Tarde» como se queja  
sin motivo. Sus artículos los he-  
mos leído; pero considerando que  
sacaría con ellos lo que sacamos  
nosotros con los nuestros, es de-  
cir nada, ¿para qué habíamos de  
volver a la campaña?

Hace tiempo que la dimos por  
perdida y nos hemos resignado a  
sufrir los rigores del centro que  
inutiliza nuestros sacrificios.

Eso sí, no quita esto para que en  
determinados instantes nos sintamos  
de sobra molestos y demos  
suelta a las lamentaciones, pero  
sin esperanzas de que hayan de le-  
nar remedio.

## TIJERETAZOS

Leemos y... volvemos a leer:

«Con motivo de la catástrofe de la Mar-  
tínica, todos los periódicos de gran circula-  
ción escribieron largos artículos estudiando  
geológicamente; pero muy pocos han  
visto en ella un justo castigo de Dios, y, sin  
embargo, está es lo que se deduce del esta-  
do moral de aquella desgraciada posesión  
francesa.»

Señor, perdonadlo porque no sabe lo que  
dice.

Con ese criterio habría que creer que el  
rayo caído en la iglesia de Allariz, que ma-  
tó a hiró a un centenar de personas que  
asistían al oficio divino, era también...

Dios me libre de pensar tal cosa.

Dice un periódico:

«La política se halla en sentido inverso  
de la temperatura.

Una frialdad glacial en cuanto a ella se  
refiere, y nada más.»

Ya sabemos lo que hay que hacer para  
sustraerse a este calor que nos fríe.

Meterse a político.

Leemos:

«Noticias particulares recibidas de Mur-  
cia, dan cuenta de un grave motín ocu-  
rrido ayer mañana por los interesados en  
la industria del pimentón.»

Y luego nos quejamos de que los extran-  
jeros al hablar de España digan tonterías.

Cuando lean en Murcia esa noticia del  
motín ¿cómo se reirán!

## A LULI

¿Dónde te has metido? ¿Qué te pasa que  
te has abroquelado en el rincón y en él te  
estás a la chita callando? ¿Es que has he-  
cho voto de silencio y no puedes dirigir la  
palabra a los amigos?

No lo creo; tú hablarás cuando te tiren  
de la lengua.

¿En qué te ocupas? ¿Quién te hace la ter-  
tulía? ¿Cómo pasas el día? ¿Madrugas ó  
trasmochas? Dí algo, aunque nos cause en-  
vidia. Sobre todo, háblanos de algo fresco,  
porque de ese percal no lo hay aquí. ¿Si se  
ha perdido la memoria de cuando lo hubo!

¿Te has dado al volantín? ¿Pescas serranas  
ó les has perdido la atención y se la has  
tomado a las vacas? ¿Hay ahí raspallones?  
¿Sacas muchos magres? Dí lo que te parezca,  
aunque dejes correr la fantasía.

¿Qué tal las sandías? ¿Cuajaron? ¿Están  
adelantadas? ¿Es abundante la cosecha?  
¿Enviará alguna? Conste que esta pregun-  
ta no es un recordatorio, pero puedes ha-  
cer lo que gustes, pues aquí no hay nadie  
que se oponga a tus gustos.

¿Te bañas diariamente? ¿Tienes la casa  
a flote y vives como el pez en el agua? No  
sabes lo que me intriga eso. Yo también  
viviría como tú, aunque me llamaran si-  
barita y burgués.

¿Cazas? ¿Gorriones ó tutavías? ¿Con pe-  
rro? Cuidado, muchísimo cuidado, porque  
el mejor cazador yerra la puntería y mata  
al compañero, es decir al can.

Y de golosinas ¿qué tal? ¿Se han reanun-  
dado las obras de repostería? ¿Continúan  
los rollos diciendo «comedme»? Te voy a  
asnetear a preguntas solo para darte moti-  
vo a que nos digas algo.

¿Tomas el relente? Cuidado con ello, no  
te nos rengas luego en clase de palúdico  
recalcitrante y haya precisión de enviarte  
tierra adentro.

¿Haces excursiones? ¿Adónde? ¿A la pla-  
ya? Dispones la pregunta. Había olvidado  
que eres hombre de gran consecuencia y  
que en eso de andar eres terrible... para  
estar sentado.

Dinos algo; escribe. Cuéntanos tu vida  
aunque sea en romance ó en décimas que  
aquí las haremos acompañar de la gita-  
rra.

Escribenos pronto.

¡Ah! y cuando lo hagas, procura, si es  
posible, enviar un poco de calor, porque  
aquí se está abusando tanto del consumo,  
que no tendría nada de particular que a  
mitad de la cantata nos quedáramos  
fríos.

¡Hey no hemos llegado a la ebullición;  
pero si continúa el derrocho herviremos  
mañana.

Raul.

## DESDE LOS MOLINOS

Sr. Director: La noticia publicada ayer  
en su periódico, relativa al servicio extra-  
ordinario de trenes durante la feria, ha  
causado en este barrio júbilo grandísimo.

¡Ahí es nada ir en tren hasta el muelle,  
cosa lograda hasta ahora por el actual pre-  
sidente del Consejo y por el exministro de  
Instrucción Pública Sr. García Alix! Lo  
digo a usted que no nos cabe la satisfac-  
ción en el pellejo.

¡Los Molinos con estación férrea! ¡El la-

rio de Peral con servicio extraordinario  
de trenes sólo para él! ¿Qué tal?

Eso de que los días de toros, a la termi-  
nación de las corridas, salga un tren extra-  
ordinario para Murcia y otro para LOS  
MOLINOS... ¡vaya si vieste!

La nota del día es el apedero. Diaria-  
mente le hacen la visita unos cuantos cen-  
tenares de impacientes que quisieran ter-  
minarlo de una ojeada. Para estos tales,  
sería una desgracia que la inauguración se  
retardara por no estar terminado. La im-  
paciencia les hace ver visiones, porque a  
las claras se ve que se terminará en tiem-  
po oportuno.

Respecto a festejos, ya está hecho el pro-  
grama, y puedo servirlo vivo y coleando.  
Cómo que se hizo anoche a raíz de la  
noticia.

El día 24 por la noche se disparará un  
castillo de fuegos artificiales en la esplana-  
da contigua al apedero; después habrá  
verbena en la plazuela frente a la parada  
del tranvía, adjudicándose premio y acces-  
it a las muchachas que lleven los mejores  
mantones de Manila.

La misma noche habrá iluminación ge-  
neral, pues la comisión ejecutiva dirigirá  
una excitación a los vecinos para que ilu-  
minen sus fachadas.

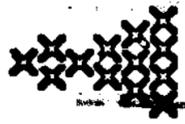
Dicho se está que habrá música en el  
castillo y la verbena y que esta estará muy  
animada, pues sabido es que tienen nom-  
bre las verbenas de los Molinos.

El día 25, a las cuatro, se tocará diana.  
La carretera desde el paso a nivel al Casi-  
no y el trozo de camino y calle entre la ca-  
rretera y el apedero estarán adornados  
con banderas.

A la salida del apedero se construirá  
un arco. A la entrada al barrio por el pa-  
so a nivel se construirá otro. La estación  
será adornada convenientemente y a la ho-  
ra que previamente se designe para la lie-  
gada del tren inaugural, se verificará la  
recopción de los representantes de la em-  
presa y del Ayuntamiento, los cuales se-  
rán invitados a pasar al Casino, donde ha-  
brá preparado un refresco.

La comisión ejecutiva no ha olvidado a  
los pobres, a los cuales se repartirán bonos  
el día de la inauguración.

Este es el programa de fiestas que los



# Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C. A



182 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

quife. Por el azulado cielo pasaban por encima de mi  
cabeza ligeras nubecillas blancas, y a veces una be-  
cada ó una bandada de obreros lanzando sus tristes  
gritos. El sol estaba rojo y el calor era sofocante; el  
viento había cesado por completo y los juncoos esta-  
ban inmóviles y mudos.

Desperté como de un profundo sueño y miré en torno  
mío. La barquilla que conducía a Hania y a Selim,  
había desaparecido. La voluptuosa calma y la paz  
que me rodeaba, lo propio que la trabajosa vida de  
la naturaleza, formaban un singular contraste con el  
atardimiento de que había despertado. Revolvíanse  
al rededor libélulas azules, que danzaban en torno  
de las hojas de los nenúfares; pajaritos grises se me-  
cían suavemente, gorgojeando, sobre los tallos de los  
juncoos; de vez en cuando se oía el zumbido de algu-  
na abeja extraviada por encima de las aguas del la-  
go; de entre los grupos de cañas del lago, surgía el  
grito de los ánades silvestres, y uno de ellos condu-  
cía al agua sus pequeñuelos. Mas yo no me fijaba en  
todo eso que se ofrecía a mis miradas, duraba aún la  
fatiga que se había apoderado de mí.

El día era caluroso, sofocante, y yo sentía un vehe-  
mente dolor de cabeza. Me incliné fuera del esqui-  
fo para alcanzar un poco de agua, y me humedecí un  
poco con ella mis abrasados labios. Poco a poco fu-  
recobrando las fuerzas, hasta que pude empuñar de

181

HANIA

¡Ah! este sentimiento de impotente rabia, este con-  
vencimiento de que no había salvación alguna posi-  
ble, era para mí, en aquel momento, más difícil de so-  
portar que todo lo demás. En otra época, me aver-  
gonzaba de llorar, y hasta cuando el dolor me inun-  
daba de lágrimas los ojos, esforzábame en reprimir-  
las. Mas ahora mi impotente furor se abrió un cami-  
no, y allí, en presencia de aquella enamorada pare-  
ja, cuyas figuras se extendían sobre mi cabeza, ante  
los murmuradores juncoos que me rodeaban, solo y  
abandonado a mi dolor y a mi destino, prorrumpí en  
sollozos.

Yacía boca abajo con las manos cruzadas sobre la  
nuca, y lloraba copiosamente a impulsos de una an-  
gustia inconcebible. Después, quedé medio desvaneci-  
do y se apoderó de mí una especie de rigidez gene-  
ral; los miembros se negaban a obedecerme, sentí que  
empezaban a helármese las manos y los pies, y que  
me iba debilitando por momentos. Con el último res-  
to de conciencia de mí mismo que me quedaba toda-  
vía, creí que se aproximaba la muerte, trayéndome  
el reposo eterno; parecíame percibir ya su helado  
abrazo; y que la acogía sin pestañear.

— Llegó mi fin, — pensé.

Y cayóme sobre el pecho un peso enorme.

Mas no era el fin.

No podía calcular el tiempo que permanecí en el es-

178 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

quilla y las personas que en ella iban estuvieran ocul-  
tas por los altos juncales, que crecían a lo largo de la  
orilla. Cogí, pues, un par de remos y salté a un pe-  
queño esquife. Poco después les apercebí.

La barquilla estaba inmóvil en medio del lago;  
los remos descansaban. En uno de los extremos de  
la barquilla estaba Evina, vuelta de espaldas a Selim  
y a Hania; Estos dos estaban sentados en el extremo  
opuesto. Evina se inclinaba hacia el agua y agitaba  
sus manecitas, completamente entretenida Selim y Ha-  
nia estaban sentados, apoyándose casi el uno contra el  
otro, y parecían enteramente embebidos en su colo-  
quio. Ni la más ligera brisa hacía mover el agua cla-  
ra y azulada, tanto la barquilla como las personas  
que dentro de ella estaban, se reflejaban perfecta-  
mente en aquella superficie tranquila ó inmóvil.

Era un espectáculo delicioso; pero me hizo subir la  
sangre a la cabeza. Ahora lo comprendía todo, ha-  
bían llevado consigo a Evina, para salvar las apa-  
riencias, y por que aquella niña no les estorbaría, ni  
podía entender sus expansiones amorosas.